

Orléans una regencia liberal. En fin todos los hombres cuya ambicion, avaricia, deudas, ú otro interes cualquiera, colocaban en el partido de la revolucion, se reunian á nombre del duque, esperando sacar mas del reconocimiento de un hombre, que de servir utilmente á la patria. Tambien los aristócratas miraban, en su ceguedad, al duque de Orléans, cuyo nombre se repetia, sin cesar, entre ellos, como el solo autor de la revolucion; y los monarquistas amantes de la libertad, y de la persona de Luis, dividian, en alguna manera, estas prevenciones. Si los privilegiados hubiesen examinado las primeras causas de la revolucion, y reconocido la necesidad de esta crisis, no hubieran atribuido, igualmente, todos los excesos al partido de Orléans, con-

vencidos de que masas enormes no se mueven sin agitar el aire en sus alrededores; así resulto que todos admiraron la fuerza de un momento de desenfreno, que movio, de repente, todas las fuerzas populares.

No hay duda que el duque de Orléans contribuia á los excesos, y que sus agentes se hallaban en el centro del tropel sublevado; pero estos no hubieran, jamas, podido verificar la insurreccion. Muy pronto, hablando de los dias 5 y 6 de octubre, demostraremos la parte, que se puede atribuir á este principe en los crimines de que muchos le miran, como su unico autor.

Principiada la discusion sobre la sucesion á la corona, Target quiso que se resolviese, sobre la renuncia de la rama de España al trono de Francia y se

manifestó una violenta oposicion. Todas las sospechas, que habia contra el duque de Orléans, se manifestaron, y en vano insistieron los patriotas en la necesidad de alejar del trono, principes, que se habian ya hecho estraños, y nos traerian las costumbres y preocupaciones de la patria: la mayoria de la asamblea, compuesta de todos los moderados, y aristócratas, parecia quererse declarar contra la rama de Orléans; y todo lo que pudo obtener el partido nacional, fué mudar la cuestion, sin volverla á tocar, añadiendo al artículo de sucesion estas palabras insignificantes; sin presuponer cosa alguna acerca del efecto de las dimisiones.

Nuevos debates se suscitaron, cuando el rey, sin negar, enteramente, su sancion á los decretos del 4 de agosto,

hizo presentar á la asamblea reflexiones sobre estas famosas resoluciones. Despreciaba la precipitacion, con que las habian redactado; reprobaba, tambien, los principios, con que habian adoptado varios artículos; sobre todo, se acaloraba contra la supresion de diezmos eclesiasticos. Necker habia contado con ellos, para cubrir el deficit; sumas inmensas huian de sus manos, por este medio, y esta era, acaso, la causa que hizo dictar al rey su declaracion, acerca de los decretos del 4 de agosto. Sea lo que quiera, fue desechada por los patriotas, aunque bien defendida por sus contrarios. Se decretó que el presidente se retirase antes que el rey, para suplicarle, que promulgase, inmediatamente, los decretos, y artículos constitucio-

nales, que no estaban sometidos á la sancion real.

17 sept. En esta época empezaron los donativos patrióticos; mugeres de artesanos se presentaron, haciendo ofertas á la asamblea de su vajilla, y sus alhajas, y muchas de sus conciudadanas imitaron este noble egeemplo. El rey envió una parte de su plata á la casa de la moneda, y un bello entusiasmo de interes se apoderó de todos los ciudadanos; pero estos recursos eran demasiado precarios, para las urgencias de las circunstancias, y la asamblea tuvo, aun, que interrumpir sus trabajos, á causa de las demandas de subsidios. Necker hizo una pintura mas triste, aun, que la de las primeras necesidades de la Francia, sobre la imposibilidad de atender á los

gastos públicos, y particularmente, á los acreedores del estado. Acababa, por proponer el espantoso recurso de imponer la cuarta parte del producto líquido de las rentas de los particulares, bajo el nombre de contribucion voluntaria, y de cinco por ciento del capital sobre vajilla, numerario, y alhajas. Este ^{24 sept.} proyecto fué mirado en la asamblea con un silencio lugubre, y se envió á la comision de hacienda; pero Mirabeau, al empezar la discusion, se opuso, sosteniendo, que la asamblea no podia ni debia deliberar, y que era preciso declarar, sencillamente, que, vista la urgencia de las circunstancias, se adoptaba, de confianza, y sin examen el plan del ministerio. Los amigos de Necker hicieron una exclamacion y supusieron á Mirabeau en la intencion de

comprometer al director de hacienda, antes que sostener su proyecto; pero el diestro orador, sin defenderse contra estas acusaciones, propuso votar una manifestacion al pueblo, recordandole sus deberes á la causa pública, y á la necesidad evidente de socorros extraordinarios. « ¿ Tenemos nosotros, preguntó á sus cólegas, otro plan que sustituir al que senos propone? si, respondió un diputado. » — Suplico al que ha dicho que sí, considere, que su plan no está conocido; que es necesario tiempo, para desenvolverle, examinarle, y demostrarle; que aun siendo lo mas prontamente posible sometido á deliberacion, su autor ha podido engañarse, y que, cuando todos se equivocan, ninguno se engaña.... y al fin es preciso volver al plan de Necker; pero tenemos tiempo de

examinarle, profundizar sus bases, y verificar sus cálculos?.... No, no, y mil veces, no.... que haremos con someterlo á la deliberacion? Perder el momento decisivo, ensangrentar nuestro amor propio, para mudar alguna cosa á un conjunto, que no hemos concebido; y disminuir, por nuestra intervencion indiscreta, la influencia de un ministro, cuyo credito, en hacienda, es, y debe ser mas considerado que el nuestro.... » En seguida examinando á fondo los motivos de los que no aceptasen el impuesto, afirma, que su impolitica dilacion haria necesaria la bancarota, y continua del modo siguiente.

« Amigos míos oíd una palabra; una sola. » Dos siglos de depredaciones, y latrocinios han excavado la cavidad profunda, en donde está pronto á

sepultarse el reino, y es preciso ter-
 plenarla. Muy bien! esta es la lista de
 los propietarios franceses; escoged entre
 los mas ricos, afin de sacrificar menos
 ciudadanos: escoged: puer que ¿no es ne-
 cesario, que un pequeño número pe-
 rezca, por salvar la masa del pueblo?
 Es muy justo; estos dos mil notables po-
 seen lo necesario, para cubrir el défi-
 cit: llevad la orden á vuestras hacien-
 das, y la paz y prosperidad al reino:
 Herid, sacrificad, sin lástima, estas tris-
 tes víctimas, y precipitad las en el abis-
 mo, para que vuelva á cerrarse!... Os
 horrorizais!... ¡Hombres inconsecuen-
 tes! ¡hombres pusilámines! ah! no véis
 que, decretando la bancarrota, ó hacien-
 dola inevitable, sin decretarla, os man-
 chais con un crimen mil veces mayor, y
 con mas razon, aun, siendo voluntario;

porque al fin este horrible sacrificio
 haria, á lo menos, que desapareciere el
 déficit; pero ¿podeis creer, que por no
 haber pagado, os que dais sin deber
 nada? Podeis creer que los miles, y
 millones de hombres, que perderan, en
 un instante, por la terrible explosion ó
 por sus reveses, todo loque hacía el
 consuelo de su vida, y, acaso, su unico
 medio de sustentarla, os dejaran gozar
 apaciblemente, de vuestro crimen? Es
 toicos contempladores de los incalcu-
 lables males, que esta catástrofe vomitara
 en Francia; impasibles egoistas,
 que pensais, que las convulsiones de la
 desesperacion, y la miseria, pasaran
 como otras tantas, y con mas rapidez,
 por mas violentas; estais seguros, que
 tantos hombres, sin pan, os dejaran sa-
 vorear tranquilamente, los manjares,

que no habreis querido disminuir, ni en cantidad, ni en calidad?... No, pereceis; y, en el fuego uiversal, que no teneis encender, la pérdida de vuestra dicha no salvara uno solo de vuestros detestables goces.

Mirad el precipicio, adonde corremos.... oigo hablar de patriotismo, siempre; ah! no prostituyais esta palabra. ¿Es pues tan magnanimo dar una parte de sus rentas por salvar todo lo que se posee?... Ah! señores, dos y dos hacen cuatro, y el que lo ignore no podra libertarse, del furor de la indignacion, sino por el desprecio, que debe inspirar su estupidez. Sí, señores, nada hay mas sencillo, ni mas trivial en la concepcion del entendimiento; vuestro interes es el que invoco, y os repito lo que me habeis escuchado otras veces ¿que-

reis ser los primeros á dar á las naciones el espectáculo de un pueblo reunido, para faltar á la fe publica? No digo mas: Ah! que derechos teneis á la libertad? que recursos os quedarán para sostenerla, si, en vuestros primeros pasos, dejais atras las infamias de los mas corrompidos gobiernos; si la necesidad de vuestra vigilancia no es la garantia de vuestra constitucion?... Os lo aseguro: sereis arrastrados á la ruina universal, y los mas interesados en el sacrificio, que el gobierno os pide, sois vosotros mismos.

« Votad pues este subsidio extraordinario, y ojala que sea suficiente! votadlo, porque si dudais, sobre los medios, será en vano, á causa de la urgencia, y nuestra imposibilidad, á lo ménos, para reemplazarlo pronto. Vo-

tadlo, porque las circunstancias públicas no sufran ningun retardo, ni nosotros seamos responsables de la menor dilacion. No penseis en pedir tiempo, la desgracia nunca le concede.... Ah! señores, á propósito viene una ridicula mocion del Palacio real, sobre una insurreccion, que jamas tuvo la menor importancia, sino en la debil imaginacion, ó en los designios de algunos hombres de mala fe; habeis oido, hace poco, aquellas furiosas voces. « Catilina esta á las puertas de Roma, y se esta deliberando: » y no habia al rededor de nosotros, ni Catilina, ni peligros, ni facciones, ni Roma.... Pero, hoy, la bancarota, la horrosa bancarrota esta allí: os amenaza á vosotros, á vuestros bienes, y vuestro honor... y deliberais!... »

26sept.

A esta elocuente voz, y tan verda-

deros acentos se levantó la asamblea, llena de entusiasmo; se pidieron los votos, y se dió el decreto unánimemente. Sin embargo se suspendio la redaccion hasta la sancion de las resoluciones del 4 de agosto. De este modo, por la fuerza de su elocuencia, reunió Mirabeau la opinion de una asamblea numerosa, separada por sus intereses, su posicion, y sus preocupaciones; y despues de haber violentado la atencion de esta masa heterogenea, dominó sus impresiones, de manera, que todos los diputados, movidos con igual impulso, se apresuraron á votar. La ley, que se pedia para separar de su cabeza la terrible responsabilidad, con que acababa de amedrentarlos el elocuente orador.